

CONFESION

por MANOLIS ANDRONICOS

Profesor de Filosofía de la Universidad de Salónica, Grecia. Traducción de Danaí Stratigopoulos, especial para el *Boletín*

Cuando veo los ojos de los jóvenes clavados sobre mí, los siento hundirse en las entrañas de mi alma para sacar todo lo que se amontonó desde muchos años: amor y maldades, conocimientos e ilusiones, esperanzas y temores. Me están investigando y controlando, esperando tomar el valor que necesitan para su propio camino. Hay momentos en que estoy pronto a decirles cuánto nos cansamos, los de la generación —¿qué generación?— digamos la generación de 1940; los que de repente se hallaron en las montañas de Albania o el desierto de Alamein, en las calles sin luz de la Grecia ocupada y sobre sus montañas, cuando por primera vez empezaban a comprender la vida. Demasiado creímos en la luz, en la oscuridad y poco fue el pan que alimentó nuestro cuerpo en su primera juventud; cuán confundidos nos despertamos en la madrugada de la Libertad para palpar la tierra y el mar, construir una casa, hallar una mujer, tomar lo que se llama camino de la vida. ¿Quién puede decir qué hemos hecho, qué hemos tomado, qué hemos dado? Nos contemplan interrogativamente los ojos jóvenes. Quieren que les recordemos: ¿Cómo los niños levantaban sus manos con el raro saludo del fascismo, cómo se oían los nombres de Barcelona y de Bilbao, cómo lloraron a Federico García Lorca? No entenderían si les hablábamos del “iperita”, de los sudetes, de Dantzic; de las lágrimas para ese París que no habíamos todavía conocido, del lamento de Dunkerke, del susto de Narvick.

El río Sangários fue nuestro primer cuento de hadas, junto con el incendio de Esmirna y los guerrilleros Tsetes. Y, no es conocida por los niños de hoy la palabra “refugiados”; y el himno del “hijo del rey águila” no les dice nada; y si ven en algún museo un “gorro de dos puntas negro” no van a dejar correr ni una lágrima, puesto que no han visto el rostro del que lo usaba.

Nuestros hijos nacieron después de Hiroshima, cuando nosotros cerramos los ojos al rayo “eosfórico” de la explosión sin tener tiempo para reflexionar sobre lo que nos esperaba. No fuimos malos. Dimos pan a los soldados italianos, compartimos nuestro cigarrillo con todas las razas humanas. ¿Cómo recordar ahora la raza de los Gurkas que se detuvo frente a nuestra casa? También conocimos la voz de Goethe tan brutalmente que aún hoy tenemos miedo de recordarla. Nuestros hijos no vieron la “pentalfa” estrella amarilla con que marcaron los judíos, no perdieron sus amigos en el crematorio y su bienamada Raquel no se convirtió en jabón. Todas estas cosas no se hacen canción, ni teatro, ni libro. Se han hecho

amargura dentro de nuestro corazón y engendra malas pesadillas en las noches. A nuestros hijos podemos decir solamente que: tuvimos hambre, sufrimos, esperamos. Ahora vivimos; ahora ya hemos pasado más allá de la esperanza. . .

Los ojos de los hijos nos preguntan, ¿podemos esperar? ¿podemos vivir?, ¿qué podemos decirles? Puesto que si nosotros vivimos y ya estamos viviendo, parados en nuestros pies, todavía soñando con el futuro, eso quiere decir que ellos también pueden, y algo más: que deben vivir y esperar y soñar con el futuro. Si para ellos el sol de la alegría no es ardiente, por lo menos es sol; la oscuridad la hemos vivido nosotros; ustedes se detienen firmes en sus pies, sus ojos miran adelante, su estructura es sólida para bailar, hacer el amor, construir casas, ir hacia la luna. . .

Los ojos de los hijos nos acusan: por la maldad que ven alrededor, por nuestra incredulidad, nuestra hipocresía. Si que son puros y luminosos los ojos de nuestros hijos; así lo eran también los nuestros, y, así deseamos que sean todos los corazones de todos los seres. Somos menos malos de lo que creen nuestros hijos; pero somos débiles. Hemos necesitado gastar reunidas todas nuestras fuerzas en un día o en un año —¿quién disponía entonces del tiempo para contar los momentos? La libertad pedía sangre y dolor; lo ofrecimos todo sin reservas; la oscuridad pedía luz y la tomó de nuestros ojos; la gente pedía pan y esperanza; la esparcimos por donde estábamos. Estábamos trabajando para el porvenir del hombre, del país, de la tierra; sin tener ningún interés para nuestro propio futuro. Nuestras ilusiones juveniles estaban atadas con las de toda Europa, de todo el mundo. El Arte y la Ciencia prestaban sus servicios con entusiasmo a fines ajenos a los nuestros; sin embargo, fines que hemos creído altos y magnos. ¿Podemos acusarlas por eso?

Frente a los ojos escrutadores de nuestros hijos, nos sentimos a menudo avergonzados porque creyeron —como nosotros le hemos creído— haber sobrepasado la fatalidad humana, considerándonos purificados de las pequeñeces y debilidades de nuestra naturaleza “zoica” por el fuego de la prueba. Ahora no queda para nosotros sino la revelación dolorosa de haber permanecido puros humanos, con preocupaciones e inquietudes insignificantes, con vanidades inesperadas.

Nos queda el pesar de la doble experiencia de la elevación y la caída. Es difícil admitir que nosotros, que nos hemos alzado —sea por un momento— al grado más alto de la vida humana, desnudos y soberbios frente a la muerte, valientes y puros a la prueba, puros y prontos a probar nuestra descendencia divina, nos hayamos encontrado de nuevo dentro de nuestra existencia carnal, prontos para transigir, tímidos y asustados, con pensamientos efímeros, agitados por los pequeños problemas de nuestra vida cotidiana. Nos hallamos al punto de olvidar a nuestro “yo”, creer que todo lo que vivimos cierta vez, era un ensueño lejano y ajeno.

No es necesaria nuestra apología; sólo el amor a nuestros hijos es suficiente para

convencerlos que a veces nos critican injustamente; que no es siempre beneficioso para ellos tener el papel de acusador, prontos a lanzar rayos contra los pecadores. Una posición semejante demuestra demasiado egoísmo, a veces sin razón. Creen que son mejores que nosotros; nosotros lo creemos también. Saben que hemos hecho menos de lo que podríamos hacer; lo sabemos y lo sentimos mucho. Sienten que no fuimos tan sinceros con ellos y con nosotros; comprendemos bien este sentimiento mas, debemos decirles con valor y dignidad, y, estoy cierto de que ellos lo van a apreciar. No pasamos por la vida con ojos vendados, tampoco nuestros días corrieron vacíos ni se llenaron exclusivamente con nuestro ser. La generación de los que nacieron alrededor del 1945 debe pensar que esta fecha no era el primer año de la vida humana, ni tampoco un año de esos incontables años que se suceden uno al otro con cansadora monotonía y semejanza. Si que era un año señalado para siempre en la vida del mundo; señalado quiere decir que los innumbrables seres que hoy, anónimos, llenan las ciudades o los cementerios de Europa, lograron señalarlo trabajando en cada momento y en cada hora durante muchos años antes de que ese año llegara. Y, hablando más sencillamente y crudamente, la gente que en este año tenía la edad de la juventud estudiantil de hoy, no tuvo tiempo de criticar sus padres, porque pagaban con su sangre las cuentas paternas; porque tenían que combatir con el arma en la mano; por eso no alcanzaron a cantar sino canciones de heroísmo y de luto; no alcanzaron a amar nada más que al Hombre, a la Libertad y a la Muerte.

¿Quién puede decir qué hemos hecho, qué hemos tomado, qué hemos dado, nosotros de la generación —digamos— de 1940? Una cosa solamente podemos decir: hemos amado demasiado, hemos sufrido demasiado y hemos esperado lo mejor. Y aún ya estamos esperando, porque hemos aprendido de no desesperarnos por nada.

NOTAS

Sangarios: Río de Turquía, campo de duras batallas de la Guerra de 1921-1922 entre Grecia y Turquía causada por la política funesta del gobierno del rey Constantino, abuelo del Constantino de hoy.

Esmirna: Antigua, rica y hermosa ciudad griega del Asia Menor (Turquía) incendiada por los turcos durante la guerra que nombramos.

Tsetes: Guerrilleros turcos que tuvieron un papel cruelísimo para los griegos de Esmirna —durante esta guerra—, el incendio de la ciudad, y durante el periodo de la huida de las poblaciones griegas.

Refugiados: Palabra trágica para los griegos, que sufrieron la persecución desde Esmirna, Bulgaria, Tracia, etc. y la catástrofe del helenismo extranjero, también para toda la Grecia que siendo tan pobre tuvo en esa época —y después— problemas esenciales de pan y de techo para los 1.500.000 refugiados. Durante muchos años, todos los griegos pagaron la "tasa de sangre" por estos queridos fatales refugiados.

Gorro de dos puntas negro: El pequeño gorro que se ponía en sus horas de estudio y de siesta la más grande figura política de la Grecia de este siglo, Eleférios Venizelos (1864-1936), el creador de la Grecia, cabeza del famoso Partido Liberal que logró, entre otras, la hazaña de asegurar la amistad entre Grecia y sus ex-enemigos.